

Entrevista al Dr. Bernardo Berruecos Frank

bernardoberruecos@gmail.com

Bernardo Berruecos Frank es licenciado en Letras Clásicas por la Universidad Nacional Autónoma de México, maestro en Filosofía y Estudios Clásicos por la Universidad de Barcelona (España) y doctor en Filología Griega por la misma institución y en Filosofía (especialidad *Histoire de la philosophie ancienne*) por la Aix-Marseille Université (Francia). Actualmente, es investigador del Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde desarrolla la investigación titulada: “Géneros líricos y subgéneros épicos de la poesía arcaica griega: transmisión textual y comentario filológico”. Desde 2016, forma parte del Sistema Nacional de Investigadores. Ha publicado algunos artículos y capítulos de libro sobre poesía y filosofía arcaicas griegas; en el área de la crítica textual, se encuentran sus ensayos: “Bene rotunda et globosa veritas. Epítetos de la verdad en Parménides DK28 B1.29”, en *Archai: Revista de Estudios sobre as Origens do Pensamento Ocidental* (vol. 26, núm. 2, 2019) y “Parménides B1.3: una nueva enmienda”, en colaboración con E. Hülsz Piccone †, en M. Pulpito & P. Spangenberg (eds.), *Festschrift in onore di Néstor-Luis Cordero* (Bologna: Diogene Multimedia, 2018), así como el volumen *Poesía arcaica griega. Siglos VII-V a. C. I. Poesía parenética. Calino, Tirteo, Arquíloco, Mimnermo, Alceo, Solón y Simónides* (México: UNAM, 2018, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana).

Entrevistadora: María Raquel Mosqueda Rivera. Doctora en Letras por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Investigadora del Seminario de Edición Crítica de Textos del Instituto de Investigaciones Filológicas.

R. M. *¿Qué autores edita críticamente y a qué época o tradición textual pertenecen?*

B. B. Me dedico, sobre todo, al periodo de la historia de la literatura griega denominado época arcaica, que abarca, aproximadamente, desde la formación de las *póleis* griegas, entre los siglos VIII y VII a. C., hasta la victoria de los griegos contra los persas en las Guerras Médicas a principios del siglo V a. C. En particular, he trabajado, tomando en consideración algunos aspectos de la crítica textual en general, con poetas tales como Homero, Tirteo, Arquíloco, Mimnermo, Alceo, Solón, Simónides y, en lo que concierne a la llamada filosofía presocrática, con autores como Parménides, Heráclito, Jenófanes y Empédocles.

Aunque en esa época ya existía la escritura, aún no se utilizaba como medio de producción y divulgación literarias, como sucedería alrededor de mediados

del siglo v; esto ha llevado a una serie de discusiones sobre los posibles orígenes y la naturaleza orales de la poesía griega arcaica. Un ejemplo paradigmático de esas polémicas sería el de Homero, pues, aunque ciertos estudiosos “antioralistas” consideren que tanto la *Iliada* como la *Odisea* debieron ser concebidas con la ayuda de la escritura, yo estoy convencido, al igual que otros académicos, de que se trata de poemas que fueron compuestos y transmitidos verbalmente de generación en generación a lo largo de un extenso periodo de tiempo. Los antropólogos y los estudiosos están más o menos de acuerdo en que, para establecer la génesis oral de un documento, éste debe cumplir con tres requisitos: primero, que el “texto” en cuestión se haya configurado en el acto mismo de su representación, es decir, en la improvisación espontánea de una situación. Segundo, que, en tanto expresión verbal, se comunique en un contexto performativo específico, por ejemplo, fiestas cívicas, simposios, reuniones de grupos sociales o heterías, entre otros. Tercero, que se transmita a través de la memoria, no mediante un documento escrito. Hay sólidas razones y evidencias para creer que los poemas homéricos fueron concebidos, creados y transmitidos siguiendo estas condiciones generales de la oralidad. El reconocimiento de dicha naturaleza de los poemas homéricos ha desatado una serie de discusiones que se han extrapolado, a su vez, a toda la poesía arcaica griega; en particular, sobre la manera como deben editarse los textos, pues en ellos encontramos versos con múltiples variantes que tradicionalmente se han interpretado como errores en la transmisión, partiendo del presupuesto de que hay un texto original, un arquetipo que el autor concibió y escribió. En otras palabras, si un verso tiene muchas variantes, entonces, todas éstas, con excepción de una —la elegida para figurar en el texto crítico—, son errores, cuyas causas y autenticidad debe explicar o intentar demostrar el editor, en la búsqueda de la versión más “fidedigna”. Aun cuando tal procedimiento funciona para trabajar textos concebidos con la tecnología de la escritura, ya que obviamente había una versión “original” y otras que se fueron contaminando, en el caso de las fuentes de carácter oral las variantes cobran otro sentido, pues, más que errores, podrían considerarse posibilidades creativas que el poeta tenía a la mano dentro del amplio repertorio de fórmulas con el que improvisaba su representación poética. En una serie de artículos que, con posterioridad, fueron compilados en el volumen *The Making of Homeric Verse*, el reconocido investigador Milman Parry estudió de manera sistemática el uso que Homero hizo de las famosas “fórmulas”, que son una especie de segmentos textuales y patrones que se repiten de forma constante en la dicción poética de la *Iliada* y la *Odisea*. En aquellos ensayos, Parry propuso un análisis y una tipología de dichas fórmulas que demuestra, con claridad, que esas obras fueron poemas compuestos oralmente. Esta naturaleza oral pone al

editor en una situación paradójica, pues su labor, en principio, es fijar un texto; sin embargo, realizar tal operación con un documento que originalmente no era fijo ni invariable, sino móvil y dinámico, es decir, que se componía en el acto mismo de la “performance” poética por medio de la improvisación espontánea y que se recomponía en cada representación oral, resulta un tanto contradictorio. Tenemos, por ejemplo, versos homéricos que nos fueron transmitidos mediante manuscritos medievales con múltiples variantes. En tales casos, el editor se enfrenta a la decisión ecdótica de fijar UN texto; empero, optar por una lectura o una variante y confinar el resto al aparato crítico, sin tomar en consideración lo antes expuesto, puede resultar conflictivo y evidencia una falta de atención o de interés por la aludida naturaleza de las fuentes. En este sentido, cabría pensar que hay variantes significativas, que seguramente fueron empleadas por algunos de los aedos o rapsodas a la hora de representar los poemas en contextos diversos, de manera que la disyuntiva entre lectura auténtica o inauténtica comienza a mostrar su ineficacia.

Una muestra de ese complejo dinamismo propio de las producciones artísticas orales, que desafía el trabajo ecdótico, lo encontramos en los poetas homéricos, quienes, de forma recurrente, antes o después de introducir el discurso directo de algún personaje, gustaban decir: “y así dijo estas aladas palabras”. El hecho de que las palabras sean aladas es muy interesante, porque, precisamente, remite a la oralidad del discurso. ¿Por qué son aladas las palabras?, ¿porque vuelan rápido por los aires como pájaros? Eustacio, el arzobispo de Tesalónica, que escribió unos comentarios a la *Iliada* y la *Odisea*, refería que las palabras son aladas debido a su rapidez y armonía interna, así como por su buen arreglo o disposición, “porque cortan el aire como las alas”. La fórmula “aladas palabras” en griego se dice: ἔπεα πτερόεντα (*épea pteróenta*); sin embargo, si hacemos una división distinta de ellas (un reanálisis), la expresión se convierte en “palabras tocadoras” o que dan en el blanco o que atan o amarran o causan una impresión: ἔπε’ ἀπτερόεντα (*épe’ hapteróenta*, se elide la alfa final de la primera palabra y se asocia a la segunda). ¿Es una lectura correcta y la otra incorrecta? ¿Las variantes desechadas por el editor fueron errores en la transmisión de un texto monolítico que nosotros podemos reconstruir? O más bien, como cabría suponer, ambas lecturas fueron variantes posibles con las que el rapsoda contaba a la hora de improvisar su composición poética.

R. M. ¿Cómo conforma la recensio y a qué problemas se ha enfrentado en este proceso?

B. B. Ciertamente, uno de los principales problemas que he enfrentado al respecto se relaciona de forma directa con la dificultad para acceder a los diferentes testimonios materiales de los textos a investigar, pues los manuscritos de los autores

aludidos se encuentran en acervos localizados en el Vaticano, en Heidelberg o en Oxford, entre otros lugares. La globalización, sin embargo, me ha permitido tener acceso, por medio de distintos recursos electrónicos, a las imágenes de papiros o manuscritos, a partir de las cuales he emprendido trabajos de crítica textual o de análisis detallados de las fuentes.

Cabría destacar que, a diferencia de los estudiosos dedicados a la tradición novohispana, quienes nos especializamos en la tradición griega arcaica en México no aspiramos a la elaboración de ediciones críticas en el sentido lachmanniano del término, no sólo por los obstáculos antes referidos y por la poca atención que se le ha dado a la labor ecdótica de textos griegos en nuestra formación como filólogos clásicos mexicanos, sino también porque, en su gran mayoría, este corpus ya ha sido rigurosamente fijado y editado por reconocidos especialistas en universidades de alto prestigio en el campo de los estudios clásicos. En cuanto a esto, sólo cabría puntualizar que, a pesar de que ya contamos con ese trabajo filológico, todavía se encuentran en marcha descubrimientos papirológicos que, gracias a diversas tecnologías —como los rayos X y la microfotografía, entre otras, podrían develar documentos que creíamos perdidos, como ha sucedido con los hallazgos de la biblioteca de Herculano, carbonizada por la explosión del Vesubio, de la cual se han ido extrayendo, a partir de métodos muy complejos, papiros y escritos de los que se han comenzado a preparar ediciones.

Ahora bien, volviendo a la cuestión de la *recensio*, dadas las condiciones antes enunciadas, como editor crítico me interesa, en particular, el proceso de la *examinatio* de las variantes, con el fin tanto de esclarecer las filiaciones entre los testimonios como de discutir problemas específicos relacionados con la transmisión de un texto o la naturaleza de las variantes, por medio de los cuales sea posible establecer hipótesis de trabajo que contribuyan a una mejor o nueva lectura de las diferentes fuentes. En esa última línea, he desarrollado parte de mi investigación sobre el poeta filósofo arcaico griego Parménides, quien escribió el poema épico *περὶ φύσεως* (*perì physeos*) o “Sobre la naturaleza”. En el tercer verso del fragmento I de dicha composición, también conocido como el Proemio, hay una laguna textual (*locus desperatus*) que indica, probablemente, que el arquetipo del cual lo tomaron los copistas ya estaba corrupto. Dicho fragmento lo transmitió el filósofo escéptico Sexto Empírico, de cuya obra (*Adversus mathematicos* o “Contra los profesores”) existen diversos manuscritos, entre los que se ha considerado como el mejor el llamado manuscrito “N” (*Codex Laurentianus*); éste, si bien fue elaborado por un copista que, evidentemente, conocía tanto la lengua como el propio texto, también presenta la misma laguna. A principios del siglo XX, el editor crítico de la obra de Sexto Empírico para la editorial alemana Teubneriana, Hermann Mutschmann, sostuvo que en el

aludido testimonio, en aquel *locus* oscuro, se leía la palabra “ciudades” (ἄστη, *áste*). Comunicó su hallazgo a Hermann Diels, editor crítico de Parménides y autor de *Die Fragmente der Vorsokratiker*, quien reprodujo, en la tercera edición de dicho libro (1912), esa lectura que estaría vigente por cerca de medio siglo. En 1968, el académico británico Allan Coxon revisó de nuevo aquel manuscrito (del cual se puede ver una foto en su edición de los fragmentos de Parménides), y demostró que Mutschmann había hecho un reporte erróneo, pues hacía falta una letra, una sigma, para formar la palabra “ciudades”. A partir de esas discusiones filológicas, el profesor Enrique Hülsz † y yo propusimos una nueva hipótesis para este tercer verso, la cual permitiría reconsiderar las interpretaciones que se han elaborado del mencionado Proemio de Parménides. Tradicionalmente y asumiendo el reporte erróneo de Mutschmann como *lectio*, el verso en cuestión puede traducirse de la siguiente manera: “el camino de la divinidad que lleva al hombre sabio por todas las ciudades”. Si, según advertí, la palabra “ciudades” no es una *lectio* de manuscrito, sino una conjetura, entonces, no se trataría, como la gran mayoría de la crítica ha interpretado, del camino del sol, pues, de acuerdo con el razonamiento de casi todos, ¿qué otro camino llevaría al hombre sabio por todas las ciudades que el propio camino solar de la bóveda celeste? Nosotros hemos examinado y recopilado todas las conjeturas que se han hecho de este verso (desde el siglo XVI a la fecha), y admitimos como suplemento una ípsilon, siguiendo la ruta trazada por una hipótesis antigua de Gottfried Hermann (α<ῶ>τή), retomada con una variación por N. L. Cordero (τα<ῶ>τή). Partiendo de un análisis morfológico y sintáctico diferente, propusimos la lectura de la secuencia crucial como dos palabras en lugar de una: los adverbios αῶ y τῆ (α<ῶ> τῆ), y, de acuerdo con nuestro planteamiento, sugerimos que se trata de un caso de sintaxis discontinua y de hipérbaton. De manera que, según nuestra conjetura, el hexámetro podría decir: “<el camino> de la divinidad, el cual otra vez lleva de vuelta allá al hombre que sabe todas las cosas”. Como puede verse en nuestra interpretación, no se trata del camino del sol, ni de una narración de una persona que va por la bóveda celeste, sino, más bien, de una referencia clara a la meta del camino descrito, que se complementa con la caracterización del viajero que lo recorre una y otra vez, y que es, en su calidad de poeta-filósofo, un hombre dotado de conocimiento universal. Como se deduce de lo anterior, mi trabajo ecdótico se centra principalmente en la fase de la *examinatio* de las variantes y tiene el objetivo de reinterpretar *locus* específicos de las fuentes.

R. M. ¿Qué tipo de soportes trabaja?

B. B. En filología clásica, distinguimos entre transmisión textual directa e indirecta. La gran mayoría de los textos que trabajo fueron transmitidos indirectamente, a

través de citas de otros autores, de modo que, en casi todos los casos, se trata de fragmentos. Por ejemplo, el caso que mencioné, el de Sexto Empírico, cita versos de Parménides. Hay otras obras o composiciones cuya transmisión nunca se interrumpió y las conservamos completas, como los poemas homéricos. El interés por estos textos se mantuvo vivo y, por lo tanto, su mensaje estuvo siempre en circulación, de forma que se siguió practicando el ejercicio de su conservación por medio del trabajo filológico de fijación y comentario, realizado primero en la biblioteca del Museo de Alejandría por estudiosos eminentes como Aristófanes de Bizancio y Aristarco de Samotracia, y después a lo largo de la Edad Media y el periodo bizantino hasta llegar al Renacimiento.

Recientemente, me he interesado, también, por aquel otro patrimonio material a partir del cual hemos rescatado textos griegos singulares que fueron inscritos en objetos como tablillas de oro o de plomo, papiros o trozos de cerámica (conocidos como *ostraka*). Además de constituir testimonios invaluable de las prácticas antiguas de la escritura, también conforman un corpus textual muy peculiar, pues, en muchos casos, su propósito fue tan preciso y específico como, por ejemplo, enterrarse con un muerto para indicarle el camino a seguir en el más allá, maldecir a un enemigo o dejar constancia de un conjuro mágico.

De este patrimonio textual transmitido de forma directa, he comenzado a analizar tablillas de oro órficas encontradas en tumbas, las cuales constituyen auténticas instrucciones para el difunto en su viaje al mundo de los muertos; o también tablillas de plomo (*tabellae defixionis*), que transmiten maldiciones, conjuros, hechizos y maleficios. Asimismo, por la naturaleza de mis líneas de investigación, he puesto especial atención en los papiros, en particular en los de Oxirrinco, hallados desde finales de siglo XIX en un antiguo basurero de Egipto, que transmitieron, entre otras cosas, poemas líricos de la época arcaica; el Papiro de Derveni (siglos V-IV a. C.), en el que aparece un comentario exegético a una teogonía órfica perdida, y el famoso Papiro de Estrasburgo, descubierto al interior de una corona funeraria, en el que han transmitido versos del poeta y filósofo presocrático Empédocles de Agrigento.

R. M. ¿*Qué tipo de edición propone: una edición crítica integral, singular o genética?*

B. B. Mi trabajo no es ni ha sido, por lo menos hasta ahora, el de editar íntegramente un texto antiguo, sino proponer microediciones críticas de problemas textuales específicos; es decir, mi labor ecdótica goza de los servicios de ediciones críticas ya consagradas tanto de los autores fragmentarios que estudio como de aquellos que los citan. Me interesan, sobre todo, pasajes problemáticos y corruptos, pero también lugares atormentados por la crítica y que presentan múltiples variantes en la transmisión, pues los criterios para decantarse por una

u otra a menudo no son definitorios ni cabalmente satisfactorios. Por poner un ejemplo, de nuevo de Parménides, el verso 29 de su Proemio ha sido transmitido, según la fuente (Plutarco, Diógenes Laercio, Sexto Empírico, Simplicio o Proclo), con tres epítetos distintos y divergentes para el sustantivo “verdad”: la verdad bien redonda, bien persuasiva o bien luminosa o resplandeciente. ¿Bajo qué criterios se puede tomar la decisión sobre cuál adjetivo preferir para fijarlo en una edición? Además del criterio obvio de la fuente, hay otros para decidir qué lectura ponderar. La ciencia filológica y la crítica textual sostienen que la *lectio difficilior potior*, es decir, que la lectura más difícil debe prevalecer; sin embargo, si me remito a las consideraciones que expuse antes, es posible proponer que las variantes textuales se puedan explicar por el hecho de que, en efecto, éstas fueron lecturas usadas al momento de recitar dichos versos en un contexto oral de ejecución.

R. M. ¿A qué tipo de lector dirige su propuesta de edición?

B. B. En primera instancia, considero que el trabajo textual que realizo no sólo debe dialogar con los especialistas del área, sino que también resulta indispensable que llegue a los alumnos. Uno de los problemas de los estudios clásicos en México es, ciertamente, la dificultad para formar recursos humanos. En ese sentido, los alumnos de la licenciatura y de posgrado necesitan aprender las técnicas o los problemas fundamentales de la edición de textos arcaicos, quizá no tanto con el propósito de elaborar nuevas ediciones de éstos, sino de contribuir al análisis y a la resolución de cuestiones textuales particulares, relacionadas, muchas veces, con la transmisión. De tal suerte, uno de los objetivos de mi trabajo de investigación es preparar un material que resulte útil para los estudiantes de literatura y filosofía griega, con el fin de mostrarles algunos de los problemas que presenta este corpus en el aspecto aludido, así como en la comprensión que se debe tener del contexto social y cultural para aclararlo y analizarlo con mayor profundidad.

—| ❖